El abismo y la luna

Alejandro Medina

Image not found.

Capítulo 1

—Al final quedamos nosotros cuatro, como siempre —dice Carlos que mira de a ratos la mesa y su taza de café. Se hace un silencio entre el grupo que sólo es alterado por las conversaciones de las mesas vecinas y por el ruido del arroyo vehicular de afuera. Alza de pronto la cara para contemplar el rostro de sus compañeros, amigos; ocho años de amistad le da el derecho de llamarlos amigos, lo que realmente se llama un amigo. Observa los rostros de Lautaro y Rafael, el uno engulléndose sin vergüenza el filete con papas que se ha ordenado, y el otro con su perenne gesto de fastidio mezclando el sustituto de crema que ha vertido en su café. Están reunidos en el Café La Habana, lugar por antonomasia que el grupo eligió a partir del comienzo de la amistad para reunirse desde los días de la Carlos Septién. Vuelve Carlos a bajar la mirada y se queda como meditando alguna cuestión de su existencia.

—Y, tal vez, antes de que el sol vuelva a salir, los cuatro hayamos elegido tomar caminos distintos —dice Inma con su voz tranquila, cristalina. Carlos, que conoce perfectamente los tonos con que dice las cosas a razón de llevar poco menos de cinco años viviendo juntos, no atina esta vez a descifrar el mensaje que Inma ha aventado como un tiro al aire.

—A lo mejor Inma lleva un poco de razón —dice Lautaro masticando aún un bocado de filete—. Si no nos separamos ahora terminaremos por odiarnos, y eso sería muy triste.

—¿Tú que piensas, Rafael? —dice Carlos más por reflejo que por convicción.

—No sé. Yo, lo único que sí sé, es que este empleo nunca debimos tomarlo. Sabíamos que embarcarnos en esto significaba un desgaste integral, tanto en lo mental como en lo laboral y lo económico, sobre todo esto último; nos pagan muy poco para todo lo que tenemos que hacer. Desde el inicio yo siempre lo supe y te lo hice saber en alguna ocasión, Carlos, y si participé de esto fue por no quebrantar al grupo, pero todo pasa por un límite y como dice Lautaro: es mejor separarnos antes de odiarnos.

—¿Tienes algo más que agregar a todo esto, Inma? —pregunta Carlos con la misma voz meliflua y deferente con que suele tratar a su compañera de ruta.

—Pues creo que he dicho ya todo lo que tuve que decir. ¿Podemos irnos? Quiero acostarme a dormir —dice Inma sin enojo, pero en su cara es notable el fastidio. ¿De qué? Carlos no puede llegar a saberlo, pero el

tedio en su faz es muy evidente.

Lautaro llama con la mano a un mesero para pedir la cuenta. Rafael y Carlos se disponen a tomar sus billeteras para pagar sus respectivas consumiciones, pero Lautaro los detiene con un ademán solicitando alto antes de que las manos de sus compañeros toquen el bolsillo de sus pantalones.

—Si ésta va a ser la última vez que estamos juntos, por lo menos déjenme que les invite la cena; es mejor dejar una última buena impresión a un mal sabor de boca entre los amigos.

Mientras el mesero vuelve con el cambio, Carlos mira de reojo a Inma, quien a su vez mantiene la mirada fija en la mesa, como evadiendo o queriendo olvidarse de que está acompañada. Piensa Carlos en lo que su compañera de habitación en los últimos casi cinco años dijo al inicio, de que antes del amanecer todos habrán de tomar caminos distintos. Piensa que no lo ha dicho en serio, que es una locución más que dice cuando se encuentra cansada. Vuelve a mirarla, y el talante de Inma es totalmente distinto: un semblante que nunca le había visto, de un cansancio auténtico. ¿Pero cansancio de qué?, se pregunta Carlos. Regresa el mesero con una charolita en la mano donde lleva el cambio; en cuanto se retira, los cuatro del grupo se levantan de sus asientos, cogen sus respectivos abrigos y bag pack y se disponen a salir del local. Déjame apoyarte aunque sea con la propina, dice Carlos, y Lautaro acepta sin oposición. Sale el primero Rafael seguido de Lautaro; Inma soluciona una indecisión de segundos esperando mejor a Carlos en la banqueta junto a los otros dos. Carlos, aturdido por su confusión interna, no sabe cuánto dejar de propina, y opta por el primer billete que ve en su cartera: son cincuenta pesos.

Sobre Avenida Bucareli el ruido de los motores automovilísticos es la música de fondo que acompaña una breve charla entre Lautaro y Rafael; Inma mantiene una postura de autómata, casi sin comprender que sigue acompañada. Sale Carlos por fin del Café y se reúne con sus amigos. De pronto se hace un silencio espeso entre ellos, insoportable; nadie sabe cómo iniciar un tema de conversación. Carlos enciende un pucho, por hacer algo. Sólo entonces Lautaro se atreve a corromper el mutismo momentáneo.

—Creo que lo mejor que podemos hacer es irnos a descansar —dice—. Un buen descanso ayuda a despejar las ideas; verán que mañana pensaremos de forma distinta. Todo lo que dijimos durante la cena es parte de la frustración que nos genera este trabajo, pero ya verán: con un poco de paciencia este barco puede enderezarse, es cuestión de que pongamos de nuestra parte para que esto marche con normalidad.

—No lo creo, Lautaro —dice Rafael sin cambiar un ápice su postura de fastidio—. Yo estoy pensando en mi familia. Y no me lo tomen a mal, pero ya tengo arreglada otra chamba de lo mismo, pero en otro lugar. No me gustaría que el grupo se disolviera tan de repente, pero las cosas fueron dándose así. Tienen mi número, saben donde vivo. Aquí la dejamos por el momento. Adiós.

Rafael hace un ademán de despedida, da media vuelta y se encamina hacia el Paseo de la Reforma. Detiene su andar el semáforo en rojo del cruce con Avenida Morelos. Lautaro, Inma y Carlos lo miran de distintas formas hasta que lo pierden de vista cuando gira a la izquierda en "La Esquina de la Información".

—Pues… vámonos nosotros también, ¿no? —dice Lautaro queriendo eternizar la frase, intentando retardar las sílabas y hasta el punto del signo de interrogación.

Andan de tres en fondo: Carlos por fuera y Lautaro por el interior de la banqueta, Inma en medio de ambos. Llegan al punto sin retorno que es la calle del Ayuntamiento, donde la despedida es la misma de todos los días, pero sabiendo cada uno de ellos que es el último nos vemos que se dirán como grupo. Lo ven a Lautaro siguiendo su camino rumbo al sur por Bucareli hasta que el Reloj Chino les interfiere la visión. Aprovechando el bajo flujo vehicular cruzan la avenida; sólo hasta entonces Carlos se da cuenta de que va fumando y tira inmediatamente el cigarrillo, recordando que desde un inicio Inma había dejado de manifiesto su aversión por el tabaco. Suena el teléfono celular de Inma, pero esta noche parece decidida a no mostrar un mínimo interés por cualquier signo de vida. Son apenas los primeros días de noviembre, pero el frío que se siente anticipa lo que vendrá en pleno invierno. Inma apenas va protegida por una rompevientos sencillísima, y Carlos, siempre al pendiente del confort de su compañera, procede a desasirse de su chaqueta de piel —que ya presenta dos o tres composturas y uno que otro retoque de pintura— y se la cuelga de los hombros.

—¿Quieres que nos vayamos en el Metrobús, o seguimos caminando? —pregunta Carlos mecánicamente.

—Como tú quieras —responde Inma con una voz que parece sin alma.

—No, no, como lo quieras tú. Sabes que yo no puedo hacer nada, y no voy a hacer nada sin que tenga tu aprobación.

—Sigamos caminando.

—¿Puedo encender otro cigarro?

—No veo por qué no puedas hacerlo.

—Es que… a ti te molesta el olor del cigarro.

—Basta con que a ti no te moleste.

—Pero tú…

—Si a ti te gusta fumar, fumas y ya está. No siempre me tienes que dar la razón a mí, Carlos —pero la voz de Inma en esta última frase no expresa ni molestia ni enfado ni nada parecido, era más bien como un dulce regaño, un regaño que no llegaba a serlo por entero; en el fondo, muy en el fondo de esa forma de decir la cosas, había una especie de gratitud hacia Carlos por tenerla siempre en consideración, por esmerarse para que su vida haya sido, hasta este punto, un poco menos sufrida. Inma sabía perfectamente que él siempre hizo lo posible y lo imposible porque ella viviese de la mejor manera, y por esta razón le pesaba tener que separarse, dejarlo vivir libremente, para preocuparse más por él y no por ella. Dolía, sí, pero las cosas debían, tenían que ser así.

Ante la indeterminación de lo que debe hacer para no quedar mal, Carlos elige encender el Luckies que trae en la mano. Apenas lo cala y decide aventarlo al paso de los automóviles; en el mismo instante que el cigarrillo toca el asfalto, un sedán rojo le pasa por encima con sus dos ruedas del lado derecho; piensa Carlos en una alegoría triste de la estampa que acaba de presenciar y continúa su andar metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón. La luz roja del semáforo en la esquina con Luis Moya los detiene, Carlos mira de reojo a Inma y nota que la chaqueta va deslizándose por el hombro derecho de su compañera, inmediatamente procede a acomodársela y puede observarle de lleno la cara: el cansancio es aún más evidente. Estás muy cansada, ¿verdad? Paro un taxi y que nos lleve a casa, dice; no me molesta caminar, además ya casi llegamos, responde Inma. Aunque no quiere hablar mucho, internamente le agradece la deferencia. Falta poco para llegar al piso que han compartido en los últimos cinco años, en una vecindad de las calles de Jesús María. La luz verde permite continuar con su camino mientras Carlos trata de recordar la última vez que en la cara de Inma se dibujó tan evidente el cansancio. Piensa, piensa…

—Estás muy cansada, ¿verdad?

—Como no tienes idea. Hay que decirle al jefe que cuando quiera mandarnos a otro trabajito igual tiene dos opciones: o nos paga más por la chamba, con viáticos aparte, o nos manda a lugares más cercanos. Creí que moriría por el calor tan abrasador que hacía ahí.

¡Claro! Se dice para sí mismo Carlos al recordar aquella vez. La misma pregunta que le hizo momentos atrás, fue la misma que le hizo aquella

vez, cuando regresaban a casa en el Metro después de una semana de viaje de trabajo por la Costa Chica de Guerrero, haciendo un reportaje muy extenso sobre el surgimiento de las *autodefensas* en las localidades del municipio de San Luis Acatlán, reportaje que, por cierto, por falta de presupuesto, nunca vio la luz en los quioscos. Carlos ha llegado a conocer tan bien a Inma durante este lustro, que sabe que cuando a su compañera la invade el agotamiento, ella lo enfrenta asumiendo actitudes cuasi infantiles, haciendo travesuras, llegando al punto de haber borrado cuartillas enteras de artículos pasados a limpio en las computadoras de Lautaro, Rafael y del mismo Carlos, artículos que debían ser publicados al día siguiente, o como en alguna otra ocasión que era tal su extenuación, que llevó su silla al centro de la Redacción, encaramándose en el asiento, y cantó por espacio de media hora canciones infantiles.

Pero ahora era diametralmente distinto. Parecía como si la alegría hubiera abandonado por completo el cuerpo de Inma, un abandono completo de voluntad, no sólo de continuar el camino restante a casa, si no de hacer cualquier cosa. Vuelve a sonar el teléfono celular de Inma, y nuevamente hace caso omiso al llamado. Ahora es el teléfono de Carlos el que suena. En este momento no puedo atenderte, te llamo mañana temprano, dice, y procede a apagar el aparato.

—Era Mariana.

—Ah.

El silencio tan ensordecedor que hay entre ambos hace que el camino se torne bastante prolijo, desaseado, indeseado. Hay luna alta, y su luz proyecta largas sus sombras sobre el piso de la vereda. Recuerda Carlos que con una luna igual Inma llegó al piso de Jesús María hace casi cinco años, después de un pleito muy serio con su familia, al punto que él se vio en la necesidad de ir al día siguiente a Ciudad Lago para intentar destrabar el conflicto entre los padres y la única hija mujer de la familia. Pero de aquella excursión por esos rumbos, lo único en claro que sacó Carlos fue la realidad agobiante en la que hasta entonces vivió Inma, donde la distancia entre la civilización y la nada se mide apenas por el ancho de una calle; un lugar donde las ganas de libertad y trascendencia de una mujer se traducen en maldición en una familia anclada en el costumbrismo, en atavismos pueriles, en los conceptos más retorcidos que los padres puedan tener acerca de una hija. Ellos no concebían que su única hija quisiera ser periodista, que tomara clases de ballet, que saliera tan temprano de casa y llegara tan tarde. Hija, tú no conoces la maldad humana, solía achacarle un día sí y otro también su propia madre. Fue por eso que huyó de toda esa miseria, tanto material como de pensamiento, y fue por eso que Carlos le dio cabida en el piso de la 6ta calle de Jesús María desde hace casi cinco años.

De pronto la calle se sumerge en un silencio onírico. Ante la puerta del edificio se hallan Inma y Carlos en una escena que figura en un absurdo. Absurdo que ambos estén ahí parados sin hacer nada; absurdo que Carlos simule tardar en encontrar las llaves en el bolsillo izquierdo de su pantalón; absurdo que Inma esté empecinada en no hablar acerca de lo que le sucede esta noche. Con mano temblorosa y escurriendo sudor Carlos logra abrir la puerta. El sonido del óxido en las bisagras rompe la irrealidad de la escena y ambos cruzan el umbral sometidos por el yugo del silencio que se han autoimpuesto durante la mayor parte del camino. Es una vecindad clásica del Centro del DF. Van subiendo lentamente los escalones; aromas de humedad, suavizante para ropa, los guisos de la vecina de la planta baja y el olor del aire frío los envuelven mientras escalan los peldaños que van desmoronándose día tras día. Oler el fuego, ¿qué significará eso? ¡Bah! Las cosas que se me ocurren cuando no tengo nada que decir, piensa Carlos cuando llega frente a la puerta de su departamento. Introduce la llave en la chapa, gira dos veces hacia la izquierda y la puerta cede. Inma entra y va directo a su cuarto sin mediar palabra con su compañero, que se queda en el quicio tratando de desatorar la llave. Maldita sea, siempre se me olvida llamar al cerrajero para que venga a arreglar esta porquería, dice Carlos apretando los dientes. Mientras forcejea con la cerradura, se oye abrir la puerta de al lado: es don Servan, que sale a fumar y a contemplar, como siempre, el cielo estrellado.

—Buenas, chaval, qué cuentas.

—Nada nuevo, don Servan. Tirando, como todos los días.

—¡Anda! ¿Y ahora qué sucede?

—Ésta maldita cerradura que ya me tiene hasta la coronilla de que me trague la llave.

—*¡Tiens, tiens!* Por el tono de tu voz parece que la culpable no es la cerradura. ¿Problemas en casa, hijo?

—No, don Servan, nada de eso. Es que hoy fue un día muy agotador.

—Pues anda a descansar, chico, que una mente cansada es muy mala consejera.

—Sí, ¿verdad? ¡Ah, ya está! Bueno don Servan, que pase usted buena noche.

—Buena noche, hijo. Descansa.

Carlos entra al departamento pero no cierra la puerta, la deja un poco entornada para ver a don Servan que ha apoyado las manos en el

barandal, tiene el cigarro sujetado con la boca y la cabeza echada hacia arriba mirando el cielo. Igual que todos los días, su radio está sintonizada en la XEB, ahora mismo suena *Esta cobardía* y Carlos, que conoce la letra, cierra la puerta y va a sentarse en el sillón. Vuelve a recordar el estado de ánimo de Inma y mira fijamente la puerta de su cuarto; la ranura entre el piso y la puerta deja ver que tiene la lámpara encendida y aún sigue despierta, conjetura. Vacila entre ir a tocar para preguntar cómo se encuentra o quedarse sentado fumando. Decide fumar para tomar un poco de valor, pero no deja de mirar la puerta. Saca un cigarrillo del paquete. Está tan concentrado en la puerta, que no se da cuenta que lo coloca en sentido contrario, es decir, que trata de encenderlo por el filtro. Siente el sabor desagradable de la celulosa en la boca y lo bota a cualquier parte. Molesto por sentirse ridículo se sienta a horcajadas, se cruza de brazos y se queda pensando.

Inma por su parte está sentada en el borde de la cama. Aún mantiene sobrepuesta la chaqueta de piel de su compañero. Sus ojos parecen contemplar el vacío. No piensa nada, sólo observa. Echa un vistazo a todo su cuarto. Pobre Carlos, le voy a destrozar la existencia, pero las cosas tienen que ser así, piensa de repente. Se pone de pie, duda un momento, y procede a quitarse la chaqueta; siente el frío repentino que toca su espalda y pone el abrigo muy tiernamente sobre el respaldo de una silla. Comienza a bajar del librero los pocos tomos que posee, poniendo especial cuidado cuando baja *La vida que se va*, la novela de Vicente Leñero que Carlos le obsequió el primer Año Nuevo que pasó en esta casa. Deposita el libro de impecable tapa blanca en la cama junto con los demás textos y se dirige al placard a sacar su maleta de viaje. En realidad todas sus pertenencias caben en esa maleta, sus cambios de ropa son uno por cada día de la semana, un traje sastre que usa en algunas conferencias de prensa importantes, ropa deportiva que usa los fines de semana; unas flats ballerina que usa entre semana en la Redacción y que han visto pasar tres o cuatro cambios de suela con el zapatero ambulante que está en la calle de San Pablo, las zapatillas Christian Louboutin negras que usa con el traje sastre, único lujo que se ha dado en toda su vida; unas alpargatas, un par de tenis deportivos y un par de tenis casuales. En un neceser introduce los pocos cosméticos con los que cuenta y casi nunca usa, y termina de llenarlo con peines, cepillos para su cabello, bolígrafos de diversos colores, dos plumas estilográficas y su vieja grabadora —que ya no usa por utilizar su teléfono celular—, recuerdo de los primeros días en que comenzaba a reportear. Antes de correr el zipper del maletín nota que de entre todos los utensilios destaca un labial, lo coge y se dirige al espejo que está sobre su escritorio. Se mira, se contempla por un momento, y sin dudarlo se pinta los labios de un rouge tan intenso que su cara se enciende. Sonríe a su otro yo en el espejo, como flirteándose a sí misma. Su sonrisa le gusta, la misma sonrisa que Carlos le ha exaltado, la misma sonrisa que hace que parezca una niña a sus veinticinco años. Pero vuelve a su realidad. Recuerda que a partir de esta noche tendrá que vivir por iniciativa propia, vivir sin alguien que la saque de algún apuro

reporteril o que esté al pendiente de lo que necesita, de lo que le hace falta. A vivir también sin Ernesto, buen tipo, sí, pero que no logra conectarse del todo con él. Toma un pañuelo del escritorio y se despinta la boca sin muchas ganas, se dirige a la cama, toma la maleta, la esconde en el armario, sabiendo que Carlos irá a tocar su puerta en cualquier momento, y se sienta en medio del colchón apoyando la espalda en la cabecera esperando ese instante.

Sin saber cómo o por qué, el reloj marca ya las nueve con treinta de la noche. Debo disminuir los tiempos de mi indecisión, se dice Carlos mirando la puerta del cuarto de Inma. Está inquieto, nervioso, por no fumar y por no saber qué decirle a Inma en cuanto esté frente a ella. Por fin decide levantarse del sofá e ir a tocar a su puerta, pero algo, no sabe qué, lo hace dejar la mano en el aire, a no animarse a golpear con sus nudillos la madera. Finalmente, con más dudas que seguridad, llama tres veces, ¿puedo entrar?, pasa, Carlos, responde Inma. Después de cerrar la puerta se queda parado en medio del cuarto. La imagen de su compañera sentada en la cama desata en él una mezcla de sentimientos que van desde la ternura, el miedo, alegría, desesperanza. Avanza casi en puntas de pie hasta el borde del aposento, se sienta y no atina a saber con qué frase iniciar la conversación. Permanecen así por pocos segundos hasta que Inma le ayuda a romper la autocensura impuesta desde que salieron del Café La Habana.

—Cómo te encuentras, Carlos.

—Bien. Supongo. Tú cómo estás, ¿aún sigues cansada?

—Un poco, sí. Tengo mucho sueño, creo que no tardaré en caer dormida.

—¿Necesitas que te traiga algo? No sé, un vaso de leche, un té, agua, ¿algo?

—No, no, así estoy bien, de verdad. También tú luces algo cansado, ¿por qué no te acuestas?

—Si vieras que no tengo sueño. Es más bien como cansancio mental; he estado pensando mucho.

—¿Ah, sí? ¿Y en qué cosas has estado pensando?

—Cosas. Como, por ejemplo, lo que dijiste en el Café hace un rato, en lo de los cuatro caminos.

—Sí… Son cosas que digo cuando estoy muy cansada. Ya me conoces.

—Porque te conozco, sé que esas palabras no fueron por cansancio; hay

un trasfondo que no logro descifrar.

—Pues no te quiebres la cabeza pensando cosas que ni al caso, tonto. Lo dije por decir.

—Y entonces las despedidas de Lautaro y Rafael, ¿no vienen al caso?

—Lautaro y Rafael se cuecen aparte.

—Y tu actitud durante el regreso hacia acá, ¿tampoco viene al caso?

— Carlos, en serio, no te quiebres la cabeza. Sólo estoy cansada, eso es todo.

—Inma: ¿precisas la casa sola para que puedas pensar más tranquilamente? Mira que yo me puedo ir donde Rodolfo, así no tendrás obstáculo alguno para pensar en libertad.

—Qué cosas dices, Carlos. Por supuesto que no quiero que te vayas, me haces más falta aquí que allá con el desobligado ése, que nomás te enseña a ser igual de irresponsable y alcohólico que él. No, no, quédate, porque me siento muy insegura cuando no estás.

—Bueno, entonces me quedo. Pero entonces, respóndeme algo con toda franqueza y sinceridad: lo de los cuatro caminos, ¿es en serio?

—Carlos, ya te lo dije: son cosas que se me ocurren cuando estoy cansada —Inma finge darle un severo tirón de oreja al decir esto.

—Muy bien, Inma, te creo. Yo creo todo, todo lo que me digas, pero ¿sabes?, te conozco tan bien, que hay una parte de ti que no sabe mentir.

—¡Ah, sí! ¿Y cuál es esa parte mía que no sabe mentir?

—*Tes yeux, mon chéri*.

A Inma se le borra la sonrisa de la cara por unos segundos. Indudablemente la respuesta tan sólida que le dio su compañero la tomó por sorpresa. Hasta ese momento sabía que Carlos la conocía bien, pero no hasta los límites de interpretar su lenguaje ocular. Repuesta del sobresalto, se sienta junto a él en el borde de la cama y prepara un gancho similar al que le ha conectado. Es una pregunta que ha tenido reservada desde el día que le dio asilo en esta casa y que sabe bien es su punto débil. Permanecen así sentados y en silencio unos segundos más, hasta que Inma decide proseguir con la plática.

—Carlos, si ahora yo te hago una pregunta, ¿me contestarías con total sinceridad?

—Sabes que yo nunca te mentiría. Yo no puedo mentirte.

—¿Estás enamorado de mí?

—Este… Yo… No… Tengo que ir…

—No, ahora te quedas y me contestas. Quiero saber tu respuesta ahora que estamos en la hora de las confesiones, voluntarias e involuntarias.

—Mira, yo… —ahora es él el que se encuentra entre la espada y la pared. Se calma, hace tres aspiraciones profundas y habla—. Te voy a contestar con la franqueza que tú mereces. Quisiera darte una explicación amplia sobre esto, pero lo voy a resumir en una respuesta concisa. Inma, desde el primer día que llegaste a esta casa te dejé muy en claro que yo te iba a respetar, te respeto, y prefiero seguir así. No quisiera que por intentar algo más la amistad que hay entre ambos se rompiera o manchara y que por este motivo dejáramos de hablarnos, y eso me haría sentir muy triste. Así que, en resumidas cuentas, me interesa más tu amistad que cualquier otra cosa, ¿estamos?

—Eso era todo lo que quería saber. Ahora, si me disculpas, quiero dormir un poco.

—Claro, sí. Si necesitas algo estaré en la sala. Creo que esta noche no podré dormir.

Carlos vase a la sala. El pequeño trecho entre la cama y la puerta se le antoja de pronto un camino interminable, el piso parece que se ha convertido en arenas movedizas y sus pies se hunden, se hunden, y siente que no puede avanzar. Se va sin voltear hacia atrás, ni siquiera para mirar el picaporte cuando cierra la puerta tras de sí.

Si me lo hubiera dicho, si se hubiera atrevido a decírmelo, ahorita mismo estaría deshaciendo la maleta, pero prefirió callar y se lo agradezco, se dice Inma que continúa sentada en la orilla de la cama. Apoya los codos en las rodillas, se cubre el rostro con las manos y siente unas ganas incontenibles de llorar. Piensa: ¿de llorar por qué, de qué o para qué? Sin embargo, sus manos perciben humedad, levanta la cara y por sus mejillas corren unas líneas saladas. Se pone de pie y comienza a caminar por su cuarto dibujando un círculo, camina y piensa, pero sus pensamientos no son concretos. Recuerda su teléfono y busca su mochila, halla el aparato y revisa las llamadas perdidas: son de Ernesto; lo apaga y lo avienta a la cama. Continúa caminando en círculos sin pensar en nada. Luego de un rato decide acostarse, se acomoda de lado y se niega a quedarse dormida, no obstante, sus párpados parecen tener amarrados yunques y van

cerrándose poco a poco, poco a poco, hasta que el sueño invade el espacio de sus últimas reservas de ganas de estar despierta.

Carlos está sentado nuevamente a horcajadas en el sillón. Saca otro cigarro del paquete y esta vez se cerciora de que esté colocado en forma correcta, es decir, el filtro en la boca y la punta con tabaco suspendida en el aire. Fuma con desgano. No se lo dije, no se lo dije, pero creo que fue lo mejor que pude haber hecho, piensa mientras expulsa el humo por la nariz. Decide salir un momento a mirar la noche estrellada. Una nube perdida va cruzando como con miedo el cielo. La radio de don Servan continúa encendida. Escucha a Julio Iglesias cantando *¡Hey!*, se aburre y vuelve a entrar en el departamento. Se sienta, pero vuelve a pararse, camina y detiene su andar al momento; saca otro cigarro, lo prende y lo arroja al piso y lo tritura con la suela de su zapato; va a la cocina a beber un vaso de agua, pero no tiene sed. Sale de la cocina y se sienta nuevamente en el sillón. Mira fijamente la rendija por donde escapa la luz de la lámpara del cuarto de Inma. Piensa: quizá lo que está pasando esta noche significa oler el fuego; creo que me estoy volviendo loco. Siente que las horas avanzan muy rápido. Mira el reloj colgado a un lado de la alacena: son apenas las diez y media.

¡Que no me gusta que me digan Inmaculada! Llámenme Inma nomás, es menos aburrido que si me llaman por mi nombre completo. No sé en qué estaban pensando mis papás cuando me lo pusieron. Claro, cuando se es bebé no puede una defenderse y hay que sufrir de grandes las locuras de los padres. Están cenando los cuatro en el bar del hotel Reforma Avenue de la calle de Donato Guerra. Es una de las tantas reuniones que sostienen al salir de la Carlos Septién. A pesar de sobrepasar apenas por tres años la mayoría de edad, Inma parece una niña. Se trata precisamente de la noche cuando salió para siempre de la casa de Ciudad Lago y obtuvo asilo en el piso de la 6ta calle de Jesús María. Inma está dando vueltas en la cama. Es una pesadilla. No: es un lindo sueño. Recordar aquellos momentos de felicidad junto a sus compañeros le hace bien. ¿Pero por qué está dando vueltas en la cama? ¿Por qué en su frente destellan perlas de sudor? Abre los ojos repentinamente y la luz de la lámpara la hace cerrarlos de nuevo. Se frota los párpados con el dorso de la mano y va incorporándose despacio hasta quedar sentada. Enciende su teléfono celular y consulta la hora: cinco y quince de la mañana, es la hora de partir. Hasta ese momento se da cuenta que se ha dormido con los zapatos puestos. Baja de la cama tratando de hacer el menor ruido posible, a sabiendas que Carlos sigue despierto en la sala. Con mucho sigilo corre la puerta del armario y saca la maleta y el neceser, de éste extrae un cepillo, va hacia el espejo, alisa su cabello y lo amarra en una cola de caballo. Con la mano trata de hacer que desaparezcan las pocas arrugas en su pantalón y blusa. Respira profundo. Vuelve al equipaje, guarda el peine, y en cuanto toca el tirador de la maleta surge nuevamente la duda: ¿me quedo o me voy? Mira la puerta. Piensa: Carlos está despierto ahí afuera para lo que necesite, para lo que me haga falta,

para hacerme sentir bien después de un mal día en el trabajo, para disimular que no sabe nada de Ernesto, para todo, para lo que sea. Me voy.

Es el último cigarro en el paquete de Luckies. Tiene un sabor amargo y desagradable en la boca, pero fuma más por inercia que por auténticas ganas de fumar. No se ha movido del sillón en toda la madrugada. Durante este tiempo sus ojos han mirado sólo tres objetivos: el reloj, la rendija y el abismo. El mechero no enciende. Luego de varios intentos sale una exigua flama y apenas logra que la orilla del pucho encienda, y tiene que jalar con insistencia hasta que toda la punta del cigarro se torna rojiza. Ya no quiere mirar el reloj, siente que cada vez que avanza el segundero una daga se le entierra en el pecho: Reloj no marques las horas porque voy a enloquecer. Deja una bocanada a medias cuando escucha accionarse el picaporte de la puerta del cuarto de Inma; inmediatamente avienta el cigarro y se pone de pie. Mira a contraluz la figura de su compañera. Inma avanza lento y con paso firme al encuentro con Carlos. Suelta la maleta y el neceser y permanecen un breve instante mirándose a los ojos con la poca luz que entra por la ventana que da a la calle. Ella lo abraza tomándolo por el cuello alrededor de un minuto y luego le besa la mejilla. Contrario a unas horas atrás, esta vez no siente ganas de llorar. Carlos, por su parte, está poniendo todo su empeño en lograr que ni siquiera sus ojos se cristalicen.

—¿Y esto? —pregunta.

—Me voy, Carlos —contesta Inma con su voz tranquila, cristalina.

—¿Adónde?

—No sé, aún no lo sé.

—Pero ¿por qué te vas?

—No sé. Créeme que no lo sé, pero me tengo que ir.

—¿Te vas con él?

—No, para nada. También me alejo de Ernesto.

—¿Y entonces con quién te vas, en dónde vas a vivir?

—No sé, Carlos. Cualquier cosa que me preguntes sobre esto la respuesta va a ser la misma: no lo sé.

—Y si no lo sabes, ¿por qué te vas?

—Porque me tengo que ir, eso es lo único que sí sé.

—Es que no entiendo. Porque no/

—No. Carlos, espera. No trates de convencerme. Es una decisión que está tomada y ya está. No puedo darte razones porque ni yo las entiendo, mejor dejémoslo así.

—¿Fue por algo que hice?

—¡No, cómo crees! Es más, estoy muy agradecida por todo lo que has hecho por mí durante todo este tiempo. Ninguna persona se ha portado tan buen amigo como lo hiciste tú, y eso nunca podré pagártelo. Si quieres una explicación sencilla, tómalo como un ciclo, el mío terminó aquí, debo recomenzar ahora por mi cuenta. Carlos: eres un chico con una energía tremenda y debes utilizarla en ver por ti mismo, porque siempre tratas de hacer mejor la vida de los demás y a ti te dejas al último. No es egoísmo lo que te estoy proponiendo, pero primero ayúdate tú para que después puedas ayudar a los demás, ¿estamos?

—Sí, creo que sí. ¿Te hace falta dinero para lo que vas a hacer?

—No, no, todo está bien. Creo que le pediré asilo a Martha en estos primeros días (y no debía decirte esto, pero no puedo mentirte tanto), y ya después rentaré un departamento similar a este, pero comprenderás que nunca te avisaré sobre el lugar donde voy a vivir; quiero estar sola un buen tiempo, ya luego vendré a visitarte o te llamaré por teléfono para vernos e ir a comer o a pasear a cualquier lado. Ahora me voy, quiero irme antes de que salgan los primeros rayos del sol.

—Bien. Yo no soy nadie para hacerte cambiar de opinión. Sólo una cosa más, Inma.

—¡Sí! —ya se disponía a salir, suelta la maleta y en su cara se dibuja una como esperanza anhelada por tanto tiempo.

—*If you can't get what you want, then you come with me*.

—Sí, Carlos —con algo de desilusión vuelve a tomar la maleta y sale.

Baja las escaleras cargando con algo de esfuerzo la maleta y el neceser. Antes de abrir la puerta de la calle se gira hacia el departamento todavía con la esperanza de que Carlos salga y detenga su partida. Pero nunca sale. Cruza la puerta. Unos barrenderos están removiendo las basuras regadas por las decenas de vendedores ambulantes. Un par de beatas, que seguro van a misa de seis a la parroquia de Jesús María, tosen al aspirar el polvo levantado por las escobas de los cuidadores de la limpieza de las calles. Inma permanece indecisa ante la puerta sin saber qué

camino tomar. Vacila unos segundos más hasta que elige ir por República de El Salvador hacia San Juan de Letrán. Ha decidido tomar el trolebús rumbo al sur, hacia la colonia Narvarte, donde vive su amiga Martha. Piensa: y nunca me lo dijo. De habérmelo dicho la maleta estaría deshecha y ambos estaríamos durmiendo en nuestro respectivo cuarto tan tranquilamente, pero eligió callar para siempre.

Carlos se ha quedado parado en medio de la sala bastante tiempo. Cuando reacciona, corre hacia la ventana que da a la calle para tratar de detener la partida de Inma: ya es muy tarde. Lo único que alcanza a ver es la luz de la luna que ilumina el cruce de El Salvador y Jesús María. No tiene fuerzas, ganas ni deseos de ir a buscarla. Piensa: Es mejor así para los dos. Observa el paquete de cigarrillos tirado en el piso, lo levanta y quiere sacar uno, pero ya no hay. Lo avienta con todo el coraje del mundo hacia la nada. Se cubre el rostro con ambas manos y permanece en esa posición un rato, luego se recuesta en el respaldo del sillón y sus ojos miran el techo. A esta hora en que todavía no sale el sol, en medio de la oscuridad de la sala, le parece estar mirando las puertas del abismo. Cierra los ojos y empieza a salmodiar: Inma, Inma, Inma… Tantas veces hasta que la palabra en sí pierde todo sentido. Inma, Inma, Inma… Piensa: es un mantra, un mantra que no sana, un mantra que abre más la herida. Inma, un mantra que no sana. Inma, mantra. Es un mantra que abre más la herida. Es un mantra, un mantra, un mantra…

Para Esme, así nomás.

Ciudad de México, enero de 2019.